

PABLO IGLESIAS EN PERSPECTIVA HISTORICA

ENRIQUE TIERNO GALVAN

HA transcurrido cerca de un siglo desde que Pablo Iglesias inició, con otros compañeros, la organización del socialismo español, comenzando en España lo que Marx había planteado como necesidad ineludible para que el socialismo cumpliera sus fines: el paso de la valoración utópica a la científica. Ahora, con suficiente distancia histórica para enfocar correctamente lo que hizo, comprendemos que su grandeza consiste en haber sido un marxista consciente y en haberse mantenido sin vacilaciones en la línea teórica y práctica que esta doctrina exige. Cualquier intento de convertir a Pablo Iglesias en un socialdemócrata es intento de antemano fallido. Es exactamente lo contrario, es decir, un luchador activo contra la burguesía, apelando a cuantos medios ofrece la lucha de clases para concluir con la explotación del hombre por el hombre y sustituir la sociedad capitalista por la sociedad sin clases. Yo diría que ha sido el único marxista de una vez, sin titubeos ni concesiones, que hasta ahora ha tenido España. Este es el mérito de Pablo Iglesias, ser un marxista revolucionario sin claudicaciones. Quizá por esto aparece él sólo como una personalidad superior entre tantos de sus compañeros más cultos, más especulativos, mejores oradores, pero menos definidos en cuanto socialistas en el orden de las ideas y en la práctica. En los últimos años de su vida, las circunstancias rebasaron su táctica y hoy, en perspectiva histórica, cabe preguntarse si fue demasiado rígido o tenaz en sus posiciones. Quizá fuera así. Pero el error, si lo hubo, hay que achacarlo a las condiciones del país, que iniciaba entonces el despegue hacia el desarrollo al nivel europeo occidental y a la falta de colaboradores más jóvenes capaces de renovar el partido y su táctica. Pero nada de esto altera, como veremos, el supuesto fundamental del firme marxismo de Pablo Iglesias.

◀ EN LA PAGINA DE LA IZQUIERDA, TALLA EN PIEDRA DE LA CABEZA DE PABLO IGLESIAS DEBIDA AL ESCULTOR BARRAL. FORMABA PARTE DEL DESAPARECIDO MONUMENTO AL «PADRE DEL SOCIALISMO ESPAÑOL» EN EL PARQUE DEL OESTE MADRILEÑO.

Con el socialismo marxista de Pablo Iglesias comienza en España el proceso de transformación de los mitos populares. En otros países, por ejemplo Francia, había comenzado mucho antes. En España, de acuerdo con el retraso que se aprecia en nuestra cultura respecto de las culturas piloto europeas, la sustitución no se inicia hasta la segunda mitad del siglo XIX. Los grandes mitos populares y nacionales se habían acuñado definitivamente durante el Siglo de Oro. Aunque provenían de la Edad Media, su forma cristalizada y permanente que define el Estado y recoge el pueblo como algo inmutable no ocurre hasta los siglos XVI y XVII, en especial este último, que es el siglo de la fijación de nuestra mitología nacional por los intelectuales de/o al servicio de la clase dominante. Santiago, Patrón de España, la divulgación y utilización como elementos artísticos valiosos de los romances sobre la pérdida de España, la sangre goda, el antijudaísmo, la conciencia de pueblo de Dios, el mito de la honra y otros constituyen la mitología que expresa en símbolos intemporales la ideología de la clase dominante. El pueblo comparte con fervor la ideología, y durante mucho tiempo - repito que hasta la segunda mitad del siglo XIX - España ofrece una integración en la mitología común, que comprende las diferentes clases sociales, muy poco frecuente.

No cambian con facilidad de mitología las comunidades. Es un proceso lento, que exige cambios profundos en la estructura económica. Estos cambios, siempre en la línea del proceso del capitalismo occidental, se inician en España en la segunda mitad del siglo XIX. Al capitalismo

moderno se pasa paralelamente al establecimiento de las instituciones políticas y sociales de la Restauración. El comienzo de nuestro despegue capitalista se une a la aparición de los nuevos mitos y crisis de los antiguos.

Es un proceso notable que aún está por historiar. Hasta 1875 —la coincidencia es real y no forzada—, la lectura más común entre la clase media y el proletariado era la novela histórica y social, construida sobre los mitos tradicionales. La primera repetía los antiguos mitos sin la menor crítica, aderezándolos con aventuras prodigiosas y lances inverosímiles. El conocidísimo don Florencio Luis Parreño es ejemplo excepcional de la degradación y presencia de la mitología tradicional. Pero según la Restauración se establece y afianza cierto orden público y la economía española inicia el crecimiento de acuerdo con las condiciones del despegue hacia el capitalismo



RETRATO DE JUVENTUD DE PABLO IGLESIAS. CORRESPONDE A UNO DE SUS PRIMEROS VIAJES A ASTURIAS. ERAN LOS DIAS EN QUE ANSELMO LORENZO LE CALIFICABA DE «ENTUSIASTA», «VEHEMENTE» Y FIEL CUMPLIDOR DE LOS DEBERES DE SU MILITANCIA POLITICA.

moderno, el pueblo, al que representa en este caso el proletariado urbano, comienza a descubrir los nuevos mitos europeos, que coexisten con los antiguos, pero en continua contienda y crisis, como demuestra el grupo generacional del 98, cúspide de la colisión entre mito antiguo y mitología moderna.

Aunque los nuevos mitos son muchos, el proletariado se acoge a los dos más generales y seductores: socialismo y anarquismo, que a su vez conllevan su propia mitología ideológica: el internacionalismo, la libertad social y política, la sociedad sin clases, el ciudadano perfecto en una sociedad perfecta, la igualdad absoluta, etcétera. Mitos de clase que se oponen a los mitos de la clase dominante. Nada lo expresa mejor que la famosa expresión alguna vez repetida por socialistas y anarquistas españoles: "El proletariado no tiene patria".

Los mitos, que son la expresión intemporalizada de las ideologías, suelen encarnar en hechos o en hombres. En España, los nuevos mitos se configuran en la personalidad de Pablo Iglesias, y nadie mejor que él para mitigar el mito.

El socialismo es en su comienzo mito de pobres. Hasta cierto punto —me refiero al socialismo marxista—, su consistencia mítica proviene de que eleva la pobreza a la categoría de protagonista de la Historia. Para el proletariado español de su tiempo fue una garantía, que reforzaba el mito, que Pablo Iglesias fuera pobre y del linaje de los oprimidos.

No se trata sólo de una garantía vinculada al mito, hay más, pues el instinto de clase decía, y dice aún hoy



«CUALQUIER INTENTO DE CONVERTIR A PABLO IGLESIAS EN UN SOCIAL-DEMOCRATA ES INTENTO DE ANTEMANO FALLIDO. ES EXACTAMENTE LO CONTRARIO, ES DECIR, UN LUCHADOR ACTIVO CONTRA LA BURGUESIA, APELANDO A CUANTOS MEDIOS OFRECE LA LUCHA DE CLASES PARA CONCLUIR CON LA EXPLOTACION DEL HOMBRE POR EL HOMBRE Y SUSTITUIR LA SOCIEDAD CAPITALISTA POR LA SOCIEDAD SIN CLASES», ESCRIBE EN ESTE TRABAJO EL PROFESOR TIERNO GALVAN. HE AQUI A IGLESIAS DURANTE UN DISCURSO PRONUNCIADO EN EL DISTRITO DE BUENAVISTA DE MADRID ANTE CENTENARES DE OBREROS.

en muchos casos, que la conciencia de clase y la recta valoración subjetiva de la lucha de clases tiene que realizarse en miembros del proletariado. Esto era entonces más claro que ahora. El doctor Vera tuvo disgustos serios con el partido socialista por esta razón. Vera, que, por su origen —procedía de la pequeña burguesía—, no quería que el partido socialista se llamase **obrero**, se inclinaba a la solución francesa de omitir el adjetivo. Sin embargo, "obrero" prevaleció, y el socialismo español fue esencialmente de obreros. De esta condición fue el mito Pablo Iglesias. Nadie de su partido quería que perdiese esta cualidad, que servía de garantía de pureza ideológica y sostenía un elemento mítico necesario para la coherencia del socialismo.

Nadie mejor que Pablo Iglesias para simbolizar al obrero socialista mitificado. Educado en un orfanato, viviendo en la estrechez cuando no en la penuria, virtuoso hasta el ascetismo, de honradez intachable, trabajador tenaz que se enseñó a sí mismo la mayor parte de lo que sabía, expresó al obrero socialista perfecto tal y como lo entendía la burguesía del tiempo. Pablo Iglesias fue el mito de la burguesía, al tiempo que el de la mayoría de los obreros urbanos de gran parte del país. La burguesía buscaba un símbolo obrero así, los obreros también. Como siempre ocurre, el proletariado con poca o ninguna preparación ideológica parodió los valores y los símbolos ideológicos de la burguesía. Pablo Iglesias fue el doble mito, y esto presenta una importante cuestión. ¿Por

qué aceptó la burguesía española el mito de Pablo Iglesias? Es este un hecho que aún tiene fuerza. La burguesía respeta e incluso echa de menos a Pablo Iglesias.

Se trata, a mi juicio, de una valoración equivocada de Pablo Iglesias, al que se ha interpretado como un jefe obrero de conducta ejemplar, definida por los valores morales burgueses, cuyas ambiciones no excedían las reivindicaciones de clase. Es decir, se consideraba que no era propiamente un revolucionario. En cuanto mito burgués, Pablo Iglesias es un socialdemócrata o un simple socialpacifista, en ningún caso un secuaz del marxismo revolucionario.

La valoración de Pablo Iglesias como mito obrero es más complicada, pero salvo en la minoría más culta no se

aleja demasiado, a mi juicio, de la concepción burguesa. El "abuelo" era un trabajador bueno, pacífico y abnegado que quería que los obreros triunfasen, pero el contenido concreto de este triunfo se desvanecía en las connotaciones sentimentales de la paz y demás ingredientes de los nuevos mitos, poco concretos de no precisarse según las categorías revolucionarias de la filosofía marxista.

Esta es una de las contradicciones que más sorprenden de las relaciones entre Pablo Iglesias y el Partido Socialista: que siendo aquél un marxista convencido no pudiera inculcar en la masa del Partido el marxismo revolucionario.

En realidad, el Partido Socialista siguió, con oscilaciones, la línea común a los par-

tidos socialistas europeos, que derivaron a una especie de parodia del socialismo, hasta el punto de no existir hoy partido socialista propiamente dicho en Europa, si por socialismo se entiende la doctrina de clase y revolucionaria que propugnaron Marx y Engels. En todas partes ha habido un compromiso con la burguesía, que consiste esencialmente en hacer del partido socialista un partido burgués. No obstante, quizá por el influjo, que no llegó a penetrar de verdad, de Pablo Iglesias, el socialismo español ha tenido acciones revolucionarias auténticas cuando se creyó que "el momento había llegado".

Parece, por lo que llevamos dicho, que la influencia personal de Pablo Iglesias no pudo vencer las condiciones objetivas del período que llamamos canovista. El sub-

proletariado rural acogía con más entusiasmo el anarquismo que el socialismo. El proletariado urbano, donde estaba la principal clientela socialista, carecía del necesario adoctrinamiento. La divulgación del marxismo en España ha sido muy tardía, y el común de los militantes carecían de ideas claras acerca del sentido de la lucha de clases y la conquista del poder por el proletariado. Quizá la pobreza de medios económicos influyera, pero sobre todo la necesidad táctica de sobrevivir y la idea de mover a los pobres para la acción, contando con el hecho de la pobreza más que con las ideas. En líneas generales, esta táctica es irreprochable, pero me parece notar en **El Socialista** y en el Estado Mayor del partido una debilidad ideológica, que se refleja en los cuadros medios, debilidad que Pablo Iglesias no tenía.

Así ocurre que Pablo Iglesias concentra y expresa los nuevos mitos, tanto para burgueses como para proletarios, pero los expresa sin dar la imagen completa de lo que en realidad era: un marxista fervoroso y convencido.

Cuanto más se estudia la personalidad de Pablo Iglesias, más claro se ve que su instinto de clase le empujaba al marxismo. Si la expresión "instinto de clase" significa la respuesta inconsciente desde los hábitos, usos y creencias que determinan psicológicamente la lucha de clases, Pablo Iglesias poseía este instinto como nadie, porque nunca quiso salir de su clase. Desde la conciencia de pertenecer al proletariado concibió y vivió la lucha contra la burguesía. La burguesía mitificó en Pablo Iglesias al socialista sin ideología re-



EN 1903, AMPARO MELIA SE CONVIERTE EN LA COMPAÑERA DE PABLO IGLESIAS. SE HABIAN CONOCIDO CINCO AÑOS ANTES, EN VALENCIA, Y LA CONVIVENCIA ENTRE AMBOS DURARIA HASTA LA MUERTE DEL DIRIGENTE SOCIALISTA, EN 1925.



GRUPO DE DELEGADOS AL CONGRESO SOCIALISTA CELEBRADO EN MADRID DURANTE EL MES DE AGOSTO DE 1908. PRIMERO DE LA IZQUIERDA, LUIS MENENDEZ; AL FONDO, DE PIE, A LA IZQUIERDA, REMIGIO CABELLO. SENTADOS: EL SEGUNDO EN LA FILA CENTRAL, PABLO IGLESIAS, Y EL ULTIMO, FELIPE PEÑA CRUZ. DETRAS DE IGLESIAS, EL PRIMERO, FRANCISCO MORA, Y LOS DOS ULTIMOS, EN LA MISMA FILA, MANUEL VIGIL Y FRANCISCO LARGO CABALLERO. AL FONDO, SENTADO DETRAS DE MORA, JUAN A. MELIA.

volucionaria, viendo en él al adoctrinador moral, al maestro paternal y enérgico. Los trabajadores le mitificaron como un obrero ejemplar en su vida y en la defensa de los intereses de clase. De un modo u otro concentró y expresó los nuevos mitos de los que el proletariado era la referencia real.

Quizá esté empezando a sonar la hora en que le mitifiquemos partiendo de lo que realmente fue: un marxista científico revolucionario. No era un ignorante ni hombre que tuviera prendidas con alfileres unas cuantas ideas generales: había leído y releído lo más importante de Marx y oído las explicaciones de Lafargue, por quien sentía una gran admiración. Leía correctamente francés y lo hablaba y entendía lo suficiente para salir airoso en una conversación e incluso

en un congreso. Se había preocupado por la economía política y la historia, de modo que la diferencia entre socialismo utópico y científico no era para él una frase. No debemos juzgarle por sus discursos ni por sus escritos si buscamos la jerga marxista hoy en uso. El marxismo de su tiempo, en boca de los dirigentes obreros, se expresaba, en España y en el mundo, con un lenguaje sencillo, alejado de la terminología hegeliana. El marxismo era entonces más práctico y combatiente, en cierto sentido más marxismo que lo es ahora, en que la praxis está tan ajena a la teoría.

En cualquier caso, hay del Pablo Iglesias pacífico y negociador de los intereses interclase que con tanta frecuencia nos presentan, un texto del que citaré algunos párrafos, para que recuerde-

mos cómo pensaba de verdad el "Educador de muchedumbres". Me refiero al informe oral que expuso Pablo Iglesias ante la Comisión de Reformas Sociales, en la sesión del 11 de enero de 1885. Comenzó así Iglesias:

"Señores de la Comisión, trabajadores: Podría parecer extraño, dada la representación que yo tengo, que es la del Partido Socialista Obrero, que una colectividad que aspira a mejorar la condición de los trabajadores y a realizar su emancipación por sí propia, viniera a informar aquí, creyendo que iba a obtener algo de una Comisión que por su significación, por los intereses que representa, pertenece a la clase dominante... No es que nosotros neguemos que los individuos de la Comisión, ya como diputados, que lo son

algunos, ya como ministros, que pueden llegar a serlo, tengan un día que hacer reformas beneficiosas para la clase obrera; no es que dudemos que las hagan: lo que sostenemos es que, así como yo, trabajador asalariado, voy a trabajar, no por mi gusto, sino obligado por las circunstancias, porque no tengo otro medio de vivir, así también la Comisión, si hace algunas reformas será porque la clase trabajadora, porque los que sufren, la obliguen a hacerla, no porque salga de ella espontáneamente. En este sentido, no cree el Partido Socialista, que represento, que la Comisión podrá hacer

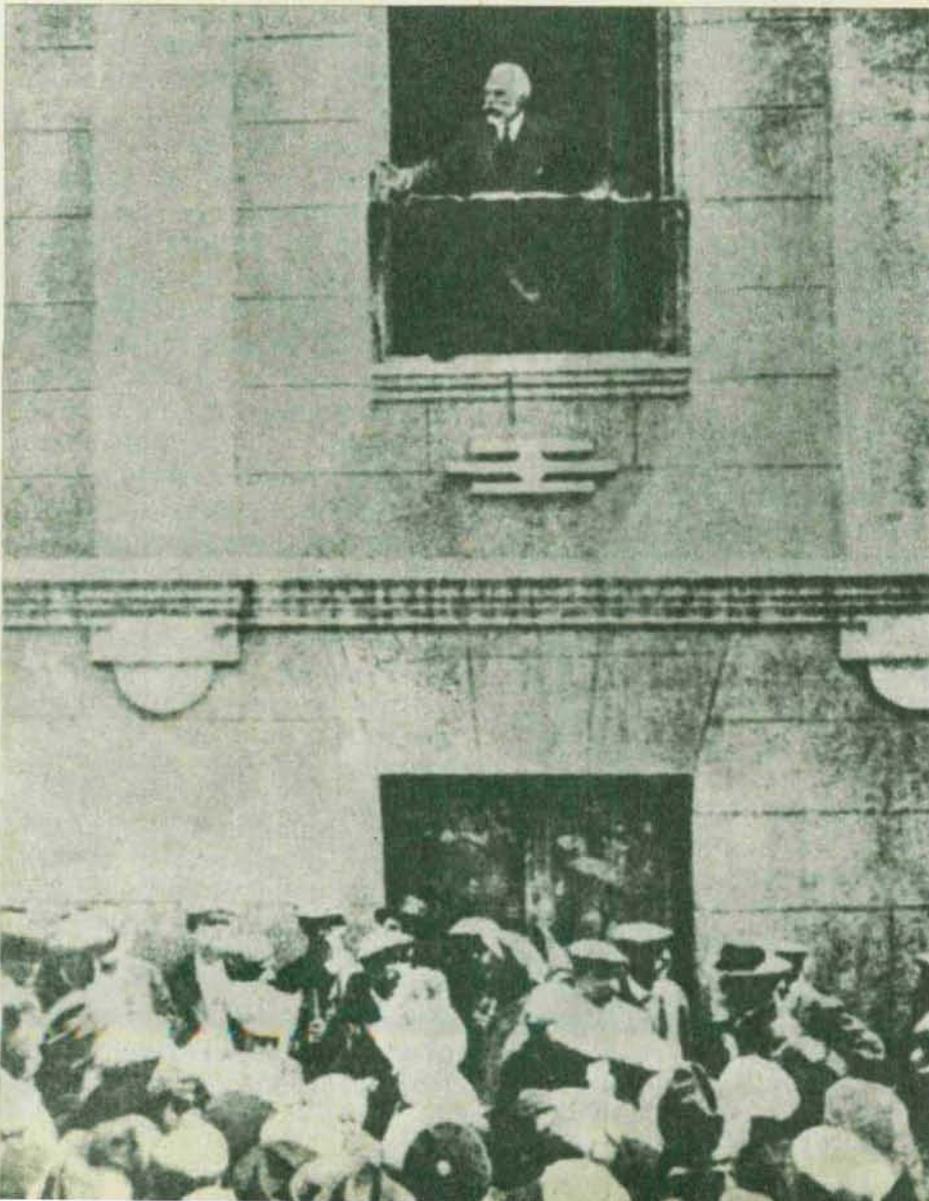
nada positivo por sí propia, pues aunque haya en ella individuos que en realidad no crean representar los intereses de la clase dominante, en el fondo es así, y de otro modo dejarían de ser lo que son, porque después de todo, no son ellos los directores de la clase dominante, sino los dirigidos. La clase dominante tiene unas ideas y unos intereses, y con arreglo a ellos hay que proceder, pues sabido es que si sus representantes intentasen algo en favor de la clase trabajadora, ese día sería el último de su influencia y el último en que ejerciesen un cargo importante dentro de su clase".

En ocasiones hay un conato de demagogia en el informe; mejor se podría hablar de didactismo. Pablo Iglesias no desaprovechaba ninguna ocasión de enseñar a los obreros, de modo claro y asequible, las tesis fundamentales del credo socialista. Al pronunciar el informe tenía ante sí un número considerable de trabajadores escuchándole, y dio a su exposición un tono que tiene a veces apariencia demagógica. Pero examinándolo con más atención se aprecia que no es sino el método didáctico necesario para que el obrero entienda lo que quiere decir; no se refiere a Moret ni a los demás miembros de la Comisión, se refiere a sus compañeros, que en bastantes ocasiones le aplaudieron con entusiasmo bastante para justificar algunas simplificaciones. Por ejemplo, la exposición que hace de la reducción de la jornada de trabajo en algunas localidades, simplemente por razón de que el capital tuviera miedo de que una jornada exhaustiva llevase al agotamiento de la clase obrera y, como Pablo Iglesias dice, "a la falta de brazos que poder explotar continuamente", siempre, precisa, "teniendo en cuenta sus intereses y nada más".

Todos los esfuerzos parecen dirigidos para aclarar a las mentes sencillas la lucha de clases y las contradicciones internas que la burguesía padece. Se expone ante el proletariado en el informe lo mismo que ya se había dicho, por influjo sin duda del propio Pablo Iglesias, en los programas del Partido Socialista: la división propugnada por Marx y Engels de la sociedad en dos clases únicas, la burguesía y el proletariado.

De acuerdo con este criterio, Pablo Iglesias insiste en el

COMO «UNO DE LOS GRANDES MOMENTOS DE LA EXISTENCIA DE PABLO IGLESIAS», DEFINIO JULIAN ZUGAZAGOITIA EL DIA DE LA INAUGURACION DE LA CASA DEL PUEBLO EN MADRID (28 DE NOVIEMBRE DE 1908). JUAN JOSE MORATO NO SE QUEDA ATRAS, Y HABLA DE AQUEL COMO EL «DIA MAS DICHOSO» DE LA VIDA DE PABLO IGLESIAS.





UN AÑO DESPUES DE HABER SIDO ELEGIDO DIPUTADO, VEMOS A PABLO IGLESIAS EN MEDIO DE LOS TRABAJADORES BILBAINOS QUE SE MANTENIAN EN HUELGA DURANTE UNO DE LOS CONFLICTOS HABIDOS EN 1911. NO IMPORTABA LA YA ESCASA SALUD DEL DIRIGENTE PARA QUE SU PRESENCIA SE HICIESE EFECTIVA ALLI DONDE ERA NECESARIA.

informe en que los aristócratas están arruinados y sólo les quedan sus intrigas, de modo que han de seguir la directriz de la burguesía o no representarán nada.

Para Pablo Iglesias, burguesía y clase media eran la misma cosa. Sigue tan de cerca las tesis marxistas que incluso prevee la desaparición de los pequeños burgueses, según se va desarrollando la clase media, anunciando la absorción de la propiedad de los medios de producción por una clase capitalista reducida, que corresponde a una minoría universal. Pablo Iglesias llega a la conclusión de que el obrero está cada vez más desposeído, hasta llegar a la condición de esclavo, e internándose otra vez en la demagogia didáctica que conviene a sus fines, sostiene que "comparado el esclavo antiguo con el moderno, y dejando aparte el nivel de capacidad, única cosa en que aventajamos los esclavos de esta época a los de las pasadas, aquel siervo se hallaba en mejores condiciones que nosotros, porque

era cuidado por su señor, por cuanto que era una cosa que valía y había interés en conservarle; por eso se le cuidaba, no echando sobre él más trabajo del que podía soportar, así como hoy se cuida a un caballo con más interés que al lacayo; y esto es natural, porque lacayos hay muchos, y si se muere uno, se trae otro, y el caballo, si se muere, cuesta quinientos o mil duros".

"Es cierto que el esclavo antiguo estaba mejor, porque el interés del señor estaba en procurar que el trabajo no fuese excesivo, para que el siervo no muriese, por lo menos hasta un tiempo determinado, hasta que diera el producto necesario, pero con el obrero moderno no se tiene esa consideración".

Era costumbre, incluso en el propio Marx, cuando dejaba el nivel exclusivamente teórico, acogerse a una retórica persuasiva en la que abundaba el ejemplo fácil de las comparaciones, que posiblemente no resistirán un análisis cuidadoso, pero son ejemplos que están en fun-

ción de las teorías fundamentales, de manera que abren un camino para que las inteligencias no entrenadas lleguen a comprender lo esencial. Pablo Iglesias, explicando en este informe cómo se forma el capital, pone también un ejemplo sumamente simple, que se refiere a un tipógrafo de Madrid que cobra siempre menos de lo que debe, porque el patrón busca mano de obra más barata o está sometido a su vez a las leyes de un mercado inexorable; su conclusión es clara: el patrono no ha ganado dinero, lo han ganado los obreros que han estado trabajando para él; de este modo, concluye, han formado muchos el capital que poseen. Y añade: "El capital no es el producto del trabajo de ese señor (se refiere al capitalista), sino de los trabajadores". ¿Puede decirse, pues, que el artista especial o el trabajador que han conseguido reunir 1.000 ó 2.000 reales no son dueños de este capital? "Mientras lo hayan ganado con sus brazos y su inteligencia —aclara Iglesias—, suyo será,



PABLO IGLESIAS, ASISTIENDO A UNA MANIFESTACION ANTIBELICA CONTRA LA I GUERRA MUNDIAL.

pero desde el momento en que hayan intervenido otros brazos, el esfuerzo de otros, deja de ser suyo, porque si ellos lo han creado, ha sido con el sudor de los trabajadores”.

Por tanto, el capital no es más que “trabajo no pagado”. Si así no fuera, el trabajador que emplea dieciséis horas en el trabajo sería más rico que el que sólo emplea seis. Y sucede lo contrario. “Si los que no hacen nada son ricos, ¿qué capital no tendrían los que trabajan dieciséis horas y los que en mi oficio trabajan día y noche? Pero, sin embargo, son cada vez más pobres y más miserables. A jornada más larga, jornal más corto; y no hay nada que altere esta regla... De todo ello resulta lo que he dicho: que el capital no es el producto del trabajo de los que lo disfrutan, sino el producto del trabajo de muchas generaciones de obreros”.

No parece exacto decir que Pablo Iglesias fuera sólo un educador, hay algo más que educación en su didactismo, teñido en ocasiones de

demagogia. Se trata de un socialista revolucionario claramente marxista. Para hablar con exactitud habría, como ya he dicho, que desmitificar la imagen más común de Pablo Iglesias y encontrar detrás del mito su verdadero carácter de revolucionario, que tendría a inculcar ideas revolucionarias, no exclusivamente “cívicas”, en la mente de los trabajadores.

En ocasiones, en el informe que comento, tan rico en ideas y en posibilidades para analizar la mentalidad de Pablo Iglesias, se descubren las lecturas y las horas de meditación que habían llevado al fundador del socialismo en España a ver con claridad, aunque no emplee el lenguaje que hoy se usa, los problemas básicos de la conciencia de clase.

A su juicio, así se desprende del informe, el desarrollo —se refiere al desarrollo técnico— puede producir un doble efecto; por un lado, el obrero más tiranizado reduce su inteligencia y pierde la conciencia de sus posibilidades y de su propia condición; por

otra parte, el progreso técnico ha reunido a muchos obreros en la misma fábrica, y esto permite la comunicación de ideas, de consignas y la coherencia en la protesta. Por una parte, aumenta la unión; por la otra, puede disminuir la conciencia de clase.

Tiene especial interés, porque perfila la tendencia revolucionaria de Iglesias, la crítica de los partidos burgueses; a su juicio, todos están corrompidos y al servicio de la clase dominante, y según aumenta la concentración de capital, se tienden a confundir con la propia clase dominante. Es un testimonio más de la estructura de la sociedad capitalista que los jefes políticos de los partidos burgueses cambien de acuerdo con las exigencias del momento.

De aquí —dice Pablo Iglesias— que la masa del pueblo ya no se vaya con ellos, “porque comprende que nada importa a sus intereses, y, por su parte, la clase media no se alarma por ello, porque sabe que, llamándose monár-



MITIN CELEBRADO EN LA PLAZA DE ARMAS DEL BARCELONES PARQUE DE LA CIUDADELA EL 17 DE ENERO DE 1910, EN DEFENSA DE LOS DETENIDOS CON MOTIVO DE LA SEMANA TRAGICA. TRAS LAS PALABRAS DE IGLESIAS Y OTROS ORADORES, SE PRODUJO UNA AMPLISIMA MANIFESTACION EN FAVOR DE LA AMNISTIA, UNO DE CUYOS ASPECTOS CONTEMPLAMOS EN LA IMAGEN INFERIOR.

quicos o republicanos, han de defender sus intereses". El proletariado se irá alejando sistemáticamente de los partidos burgueses, tanto sean monárquicos o republicanos, e irá integrándose en el partido propio de los trabajadores y en el sindicato que apoya al partido; "muy pronto no habrá trabajadores afiliados ni en el partido zorrillista ni en ningún otro partido de los que defienden la propiedad individual y, por ello, la explotación de los trabajadores, y muy pronto ese partido no tendrá ya masas de obreros que vayan a pelear por él, porque todos unidos vendrán a otra parte.

¿Cómo no ha de suceder así, si aun en el partido federal, que pasa por ser el más avanzado, cuando se han dado casos de huelga y de colisión entre trabajadores e industriales se han puesto del lado de éstos y han abandonado a los obreros? Es claro, los trabajadores al ver esto tienen que decir: Si éstos no nos defienden ahora, si no nos ayudan en nuestras justas pretensiones de reducción del horario de trabajo para tener tiempo de instruirnos y de descansar, ¿cómo han de ser ellos quienes en los Parlamentos procuren obtener leyes para mejorar nuestra situación? ¡Ca, ellos lo prometieron pero no lo cumplirán!

"Hay en esos partidos avanzados programas que en ciertos puntos parece que coinciden con los que tiene el partido obrero que represento yo aquí; pero, ¿sabéis por qué?, porque al ver esos partidos que las masas populares se van separando, han tratado de ofrecerles algún aliciente, una especie de **al higuí**, como, por ejemplo, el principio del sufragio universal.

"Con otro propósito, además, porque teniendo que luchar con la otra burguesía más

reaccionaria, necesitan allegar fuerzas, procurar el concurso de las masas trabajadoras, y para conseguirlo presentan ante su vista algo que les sea simpático; por eso, además del sufragio, hablan de la reducción de horas de trabajo. Pero, ¿debemos nosotros dar fe de esas reformas que estampan en su bandera? De ningún modo; si las estampan es por su propia conveniencia, por triunfar en la lucha que tienen con los otros elementos tan burgueses como ellos, y no porque se propongan hacer nunca nada en favor de la clase trabajadora".

Como se ve, Pablo Iglesias, que en esta ocasión muestra hasta el fondo su pensamiento, sospecha del Parlamento burgués tanto como de los partidos burgueses, lo que quiere decir que veía en el Partido Socialista un instrumento revolucionario no para pactar con la burguesía, sino para hacer la revolución.

El párrafo que sigue es uno de los pocos en que Pablo Iglesias expresa explícitamente su punto de vista respecto de la insurrección política y la función de los partidos burgueses y el papel del Partido Socialista, expresión de los intereses de la clase trabajadora. "Antes —dice—, la mayor parte de los partidos avanzados de la clase media, muy frecuentemente decían: Si no se hace tal o cual cosa, vendrán las consecuencias, y así consagraban el principio de la insurrección. Hoy ya no se hace así. ¿Por qué? Porque no se puede propagar esa idea, porque no se puede decir que el principio de insurrección es lo que vale, dado que, llegado el caso de practicarla, las clases trabajadoras, en vez de marchar por donde a esos partidos les conviene, pueden seguir otros derroteros que a ellos no les agraden,

aunque a los intereses de esta clase les fuesen muy convenientes".

"Quedaba todavía un partido que solía hablar de esto, pero ya se ve lo que el mismo partido zorrillista está haciendo ahora; venga la insurrección, pero que sea exclusivamente del Ejército; el pueblo que no se levante, porque podría tener malas inclinaciones".

Justa observación la que el instinto de clase dictaba a Pablo Iglesias; sólo desde esta condición instintiva, más que de las lecturas o de la propia experiencia, se podría ver tan claro que la insurrección del Ejército estaba unida inexorablemente a los intereses y a la legalidad de la burguesía dominante. Parece indiscutible que Pablo Iglesias quería, en cuanto socialista, la insurrección militar unida a la insurrección popular. En su tiempo, y dadas las condiciones de la infraestructura económica, esta idea era perfectamente valiosa. En este sentido, recuerda a los que le oyen y a la propia Comisión, que le escuchaba con cortesía y paciencia, que llegará la lucha fatal e inevitable, pero que el momento lo han de determinar los hechos económicos o políticos; el desequilibrio entre la sociedad que explota y la sociedad que es explotada; por eso —dice—, "lo que hace falta es prepararnos para cuando llegue la ocasión; que cada cual esté preparado a cumplir con su deber".

Parte del informe está dirigido sistemáticamente a destruir las argucias del neocapitalismo. Es interesante el juicio sobre la participación en los beneficios. "¿Qué resulta —se pregunta Pablo Iglesias— en aquellas industrias en que los obreros están bajo el régimen de la participación?". Responde lapidaria-

mente: "Lo que les asignan como participación, como beneficio, es lo que quitan del salario".

Entre los intereses capitalistas incluye claramente el reformismo, o lo que hoy llamaríamos social-democracia. "El socialismo moderno no habla ya como hablaba antes, de que sería justo que se repartiesen entre los trabajadores tales o cuales cosas; habla de la necesidad de una transformación social; no hace más que pedir lo que resulta del desenvolvimiento económico que hoy se verifica". En el mismo sentido rechaza la tesis de la necesidad del industrial o de la capacidad promotora del empresario capitalista. La destrucción de las protestas o de las argucias de la burguesía que se defiende le lleva, en el proceso inexorable de su raciocinio, a defender la posesión del poder político por la clase obrera. "Sabe perfectamente el Partido Socialista que esos accionistas, esos capitalistas que tienen en sus manos todos los elementos de la producción no los han de dar de buena gana, razón por la cual el partido obrero comprende que hay necesidad de adquirir la posesión del poder político para lograr eso; y sabe también la clase obrera que para destruir no los medios de producción, sino la antigua forma en que se producía, a fin de conseguir que los intereses contrarios se sometan, es necesario también que el poder vaya a manos de los trabajadores, que ese poder les sirva para destruir los obstáculos que se opongan al establecimiento de una nueva sociedad más perfecta que la existente".

No obstante todo lo anterior, también las libertades políticas democráticas que el socialismo está reclamando

son necesarias, porque si faltan esas libertades, "el trabajador no puede desenvolverse, ni asociarse, ni protestar".

Hay que arrancar de las libertades democráticas, como un momento previo para la lucha final que Pablo Iglesias, poseído del mesianismo socialista de su tiempo, vivía de cerca. Pero este ligero matiz mesiánico que a veces se descubre en sus escritos no le vela el buen sentido, y procura organizar a los trabajadores de tal manera que no se hagan rigurosamente antagónicos a la legalidad establecida y queden fuera de la ley.

En la medida en que pudo influir personalmente sobre su partido, y fue muy grande esta medida, Pablo Iglesias huye de la clandestinidad. Adopta la técnica de la convivencia con la burguesía para atacar la burguesía, incluso para negociar con ella, pero nunca para participar; en ningún momento admite el pacto interclasista; es decir, su táctica de convivencia no acepta nunca el compromiso que pudiera desear la social-democracia.

De acuerdo con nuestra tesis del principio sobre Pablo Iglesias, se perfila como un marxista revolucionario, y siempre subyace un adarme de asombro en el observador que analiza ante la mitificación que la burguesía ha hecho de Pablo Iglesias como hombre moderado con inclinaciones social-democráticas.

Es admirable que Pablo Iglesias pudiera mantenerse alejado de las perplejidades burguesas en una sociedad como la española a finales del siglo pasado, en que todo era ambigüedad en principio; asombra que pudiera quedar

al margen de la ola de sentimentalismo que produjo el 98 y que interpretara el concepto de patria de manera mucho más real que la interpretación común que asimilaba la patria a los intereses del Estado y de la clase dirigente.

Un gran ejemplo de esto es sin duda Costa. Costa era un patriota, es indudable, pero era un patriota desde la dimensión burguesa; había identificado nación y Estado, y a su vez, al Estado y a la nación con el pueblo, identificación sostenida por una larga tradición de la mitología burguesa y que se enseñaba desde las escuelas. No se observa influencia de Costa en Pablo Iglesias. En algunas ocasiones, una frase o algún dato, pero de las tesis costistas del bienestar, del militarismo, de la exaltación del pasado burgués como ideal para el presente y de sus múltiples contradicciones, como las que se refieren a este mismo pasado histórico burgués, no se halla ni rastro en las ideas del dirigente socialista.

El costismo influye en muchos españoles de comienzos del siglo y se acoge por la burguesía, y particularmente por los movimientos burgueses de protesta contra la mala administración y las contradicciones del Estado, pero no caló de ninguna manera en el socialismo mientras éste estuvo definido por la inteligencia y la voluntad de su fundador.

No se puede hablar de Costa y de Pablo Iglesias; sí de Costa y del general Primo de Rivera, de Costa y de Ortega y Gasset, e incluso de Costa y Unamuno; pero la conjunción no tiene valor cuando se refiere a la obra realizada por el instinto de clase y por la educación marxista revolucionaria.

Pablo Iglesias tiene un esquema tan claro sobre las relaciones entre la burguesía y el proletariado, y tan definidos, según los criterios marxistas, los conceptos de nación y Estado, que no puede caer en ningún caso en los retóricos arrebatos patrióticos de Costa o en el movimiento, vacío de contenido real, que intentó movilizar las clases neutras. Las clases neutras eran los pequeños burgueses, cuya desaparición había anunciado Pablo Iglesias como una consecuencia de la concentración en la propiedad privada de los medios de producción.

Algo parecido se puede decir con referencia al krausismo, la teoría que más se extendió entre la clase dominante y que produjo en todo el país una reacción de censura y ataque a la corrupción y los privilegios; se infiltró tarde en el Partido Socialista y, al

parecer, con sospechas por parte de Iglesias.

No es menester insistir en el hecho de que el krausismo es una concepción burguesa del mundo, que fundamentalmente sirve para poner el marchamo de la moral de clase a la sociedad de los intereses burgueses y de la jerarquía burguesa.

En el fondo, el krausismo es una teoría del orden cósmico que se refleja en el orden social, a través de la supremacía del estado burgués; Pablo Iglesias permanece por completo ajeno a la modernidad superficial y conservadora del krausismo.

Aunque el tema no está claro y habría que estudiarlo más a fondo, se puede insospechar que, desde que **El Sol** inició la derivación de los intelectuales hacia el socialismo organizado y se introdujeron krausistas, o personas edu-

cadas en el krausismo, como Fernando de los Ríos, el Partido Socialista pierde rigor en la práctica de alguno de sus supuestos fundamentales. El esquema fundamental para un revolucionario marxista, la lucha de clases como procedimiento único para constituir el poder político y establecer la democracia real, está sumamente debilitado en los intelectuales del krausismo que se infiltraban en el socialismo. Por otra parte, la razón dice que debe de ser así. Son los krausistas pequeños burgueses, inteligentes, estudiosos, que no salen de una cierta mediocridad intelectual, suficiente para cumplir con la cultura establecida, para mantener un compromiso personal digno, constituyéndose en ejemplo de estilo de vida, pero no pueden añadir a este hecho el contenido profundo de los mecanismos sociales y

CON MOTIVO DE LAS MANIFESTACIONES QUE CONMEMORABAN LA FIESTA DEL PRIMERO DE MAYO, PABLO IGLESIAS SOLIA —TAL COMO AQUI COMPROBAMOS— DIRIGIR LA PALABRA A LOS TRABAJADORES REUNIDOS. SU PODER DE CONVOCATORIA CARA A ELLO, SU CARACTER DE LIDER DE LA CLASE TRABAJADORA, NO DISMINUYO HASTA EL ULTIMO MINUTO DE SU VIDA.



revelaciones que Pablo Iglesias había obtenido pasando hambre, conviviendo con la clase trabajadora y sin aspirar nunca a salir de las condiciones de ella. Quizá sea este el hecho primario. El trabajador que aspira a superar las condiciones sociales de su clase, para beneficiarse individualmente de las estructuras burguesas, en principio, está traicionando a los intereses revolucionarios. Repito que Pablo Iglesias se mantuvo, a mi juicio, ajeno a las posibles influencias del krausismo de Giner de los Ríos, por ejemplo. No olvidemos, sea dicho a título de comentario ocasional, que Giner de los Ríos admiraba los libros, que él creía modelos pedagógicos, de Edmundo de Amicis y que los aconsejó a su hermano, que los tradujo pacientemente.

Es natural que Pablo Iglesias permaneciese al margen de estas influencias. Sería admisible que se hubiera acercado alguna vez a ellas, ya que la infiltración de mentalidades educadas en el krausismo, en el Partido Socialista, influyó poderosamente para desviar a éste de su propio camino e inclinarle hacia su enemigo más propio, la social-democracia. Sin embargo, no ocurrió así. Continuo siendo el marxista revolucionario, aunque, como veremos, en exceso condicionado por sus propios supuestos. Por otra parte, quizá convenga aclarar ahora que mi convencimiento acerca del marxismo revolucionario de Pablo Iglesias no procede únicamente del informe que he mencionado. Ni en **El Socialista** ni en sus otros discursos he notado desviación real de aquella línea de pensamiento. Era una

actitud personal que no siempre pudo imponer, ni al periódico ni al partido, que a veces ceden o claudican.

Un hecho que hay que añadir a la clarividencia revolucionaria de Pablo Iglesias es la dirección personal que ejerció sobre **El Socialista**. El periódico era el testimonio público y claro de la ideología revolucionaria del partido. Sin embargo, en los últimos años, cuando Pablo Iglesias estaba muy enfermo, ya se notan vacilaciones en lo que respecta a ese eje de acero marxista en torno al cual giró durante tantos años el periódico.

No se trata de un marxismo vinculado a la gesticulación desahogada o a la amenaza, sino de algo más profundo, apoyado en los conceptos claves que, bien orientados, deberían conducir el avance inexorable hacia la revolución. Pero Pablo Iglesias no se puede identificar con el partido. Durante algún tiempo, quizá; después, esta identificación no es valiosa. Aunque su opinión estuvo muy presente, es cierto que el desarrollo económico empujó al partido por un camino insospechado para Iglesias, que no podía adaptarse a él, o por lo menos no pudo corregir con el suficiente rigor la desviación incipiente.

Pablo Iglesias había considerado repetidas veces la posibilidad de que el Partido Socialista compartiera el poder. Es evidente que este es el momento más difícil para cualquier partido de esta índole, porque compartir el poder burgués significa casi siempre corrupción del socialismo. Esto entraba, a mi juicio, en las opiniones de Pablo Iglesias, pues casi

siempre prevalece en él la idea de retrasar al máximo la participación en el poder. Esta sólo debe producirse cuando el proletariado esté perfectamente organizado en un partido socialista y dispuesto para poseer el poder totalmente, aunque para ello tenga que compartirlo durante algún tiempo con el Parlamento burgués y con los riesgos que supone para la doctrina socialista la técnica y la teoría parlamentaria burguesa.

Iglesias defiende con especial tenacidad la conquista de los Municipios y la educación revolucionaria del pueblo antes que la participación apresurada en el poder legislativo y en el poder ejecutivo. Su enfermedad y muerte aceleró el proceso hacia el compromiso con la socialdemocracia y no pudo impedir que gran parte del partido fuese conquistado por pequeños burgueses y por algunos burgueses acomodados, que no se resignaban a prescindir del juego parlamentario y de los beneficios del poder. Como suele ocurrir, esto disminuyó la capacidad de ataque del partido y aumentó el problema entre la teoría y la práctica. La teoría sigue siendo revolucionaria, pero en la práctica se envidian, buscan y disfrutan los ideales de la vida burguesa.

Debió constituir un trance muy doloroso para Pablo Iglesias la excisión del partido, constituyéndose el llamado Partido Comunista Obrero Español, y, más tarde, Partido Comunista de España. Iglesias, que era clarividente, debió darse cuenta de que, a partir de este momento, el partido corre el riesgo constante de entrar en el compromiso burgués, de olvidar sus



HASTA SUS MAXIMOS ENEMIGOS NO DEJARON DE RECONOCER EN PABLO IGLESIAS SU CONTINUA HONRADEZ Y AUSTERIDAD. TOTALMENTE ENTREGADO A LA CAUSA EN LA QUE CREIA, LE VEMOS EN ESTA FOTO APOYADO EN SU HUMILDE MESA DE TRABAJO.

principios revolucionarios, es decir, el principio de la desaparición del marxismo como idea nutricia de la vida y de la estructura del partido.

Es cierto que resulta muy difícil para un partido acogerse a la táctica que Pablo Iglesias impuso, que puede ser fácil para una persona, pero arriesgadísima para un partido político. La táctica de Iglesias de distinguir los fines que perseguía el partido en cuanto fines revolucionarios y los medios inmediatos para conseguir el fin, en los que se incluían ciertos compromisos de hecho con la burguesía, se mantuvo como una táctica posible y limpia mientras

él vivió y el partido no tuvo grandes opciones políticas. Después se ha demostrado, en toda Europa, que dicha táctica lleva inexorablemente a la absorción de los partidos socialistas por el sistema burgués. Veamos cómo orientó Pablo Iglesias el partido entre la teoría y la práctica, partiendo de lo que se podía esperar y de lo que se quería conseguir.

La mitificación burguesa de Pablo Iglesias como un social-demócrata, además de las razones de ejemplaridad que hemos expuesto, descansaba en dos hechos fundamentales que contribuyen a definir su personalidad.

Uno, su capacidad de negociación; otro, el sentido realista de lo que se podía esperar, como zona concreta de discusión, frente a lo que se quería conseguir.

Tanto una como otra condición le caracterizan como un gran táctico. En ningún caso se abandonó a la quimera o la utopía. Siempre tuvo los pies en la tierra. Este sentido práctico le hizo aparecer como un hombre moderado a pesar de los programas y declaraciones del partido que presidía, inspirados casi siempre por él, más sus artículos en **El Socialista**. Fundamentalmente, el pragmatismo de Pablo Iglesias pro-



VERANO DE 1918: PABLO IGLESIAS SE HACE ESTE RETRATO DE FAMILIA EN EL QUE, JUNTO A EL, FIGURAN SU MUJER, SU NUERA Y SUS DOS NIETOS, PABLO Y SANTIAGO. LA INSTANTANEA ESTA TOMADA EN EL PUEBLO DE VENTA MINA, EN VALENCIA.

cedía del convencimiento absoluto de que el primer paso para cualquier transformación profunda de la sociedad capitalista consistía en la conquista del poder político por la clase trabajadora. Ahora bien, la posesión del poder político no se puede lograr, según Pablo Iglesias, si no se dan las condiciones necesarias para ello. Pensar lo contrario es entregar una y otra vez al proletariado a la represión del poder organizado de la burguesía.

En la sesión celebrada por el grupo que constituyó el partido que presidiría Pablo Iglesias hasta su muerte, se expuso muy claro en los proyectos y en el programa, en los que intervino primordialmente Pablo Iglesias, la relación entre la táctica de

un partido socialista, los ideales a conseguir y la necesidad de conquistar el poder por medio de la lucha de clases: "Dos partes —se dice en estos documentos— ha de abrazar el programa del partido: una, la que se refiere al ideal que perseguimos y deben perseguir los trabajadores todos si quieren que llegue un día en que el mundo no se componga de esclavos y señores, de oprimidos y tiranos, de pobres y ricos; otra, que indique cuanto conviene conseguir inmediatamente para que la situación de la clase obrera, en extremo difícil y penosa, mejore y adquiera ciertas condiciones que la permitan marchar resueltamente por el camino de la emancipación; la primera debe de ser por su naturaleza fija, invariable; la

segunda, por el contrario, sufrirá cuantos cambios exijan las circunstancias por que atravesamos; aquélla será para nosotros norte y guía seguros en la tarea que emprendemos; ésta constituirá senderos más o menos tortuosos, en determinadas ocasiones, por los cuales hemos de llegar al término de nuestro viaje".

En el programa propiamente dicho se establece entre otras cosas que la sociedad actual tiene sólo por fundamento el antagonismo de clases, que es necesario abolir éstas y que hay que conseguir la posesión del poder político por la clase trabajadora.

Después se exponen "los medios inmediatos" para acercarse a este ideal que

son los principios comunes a un partido socialista dentro del marco de la sociedad burguesa.

En el programa de 1880, que a través de Mora habían visto y sobre él opinado Marx y Engels, se repiten los mismos conceptos con más rigor y retórica. Respecto del poder político se esclarece: "Queremos la posesión del poder político por la clase trabajadora, para realizar desde allí la transformación económica de la sociedad con los menos trastornos posibles. La clase trabajadora tiene derecho a la posesión del poder político porque representa la razón y la fuerza, y ante estos argumentos no hay resistencias posibles. Esta posesión es sólo cuestión de tiempo, y el Partido Socialista sabrá aprovechar las circunstancias para que sea un hecho en el más breve plazo posible".

Pablo Iglesias no se fue nunca de esta línea. Por una parte, aprovechar las circunstancias; por otra, no olvidar que el objetivo principal es la conquista del poder político. Aprovechar las circunstancias, ¿hasta dónde? Este es el problema. Por otra parte, hay dos campos de circunstancias; unas, que están determinadas por el poder constituido y el acceso al poder; otras, que están definidas por la lucha de clases y la conquista del poder. Pablo Iglesias se encontró en las primeras siempre en contra del poder establecido y no pasó de ser diputado de minoría. No pudo aprovecharlo demasiado. Se limitó a seguir su táctica de no asustar y no ocultar, a la vez, sus intenciones revolucionarias. Para no asustar repetía que los tiempos estaban

lejos. La burguesía, que en el fondo siempre ha practicado el **carpe diem**, se sosegaba con el aplazamiento. Sólo una vez se dejó arrastrar Iglesias por la ira o la preocupación, cuando amenazó a Maura con el atentado antes de verlo en el poder.

Las circunstancias que realmente pudo aprovechar fueron las primeras, las que estaban determinadas por la lucha de clases y por un partido de masas.

En dos ocasiones tuvo Pablo Iglesias oportunidad para dejarse arrastrar por la imaginación y creer que los tiempos habían llegado. Por lo que se me alcanza, tuvo en ambas la suficiente coherencia con su táctica y dominio de sí mismo para interpretar que eran incidentes, importantes, pero incidentes, de una lucha cuyo fin estaba muy lejos. Llevó a los hombres del partido esta misma idea y el sentido de esperar el "momento oportuno". Quizá Pablo Iglesias, obrero esencial, no se percatase del riesgo que corría el partido al establecer compromisos con la burguesía según los criterios del capitalismo. Lo cierto es que cuanto más tiempo se esperaba la madurez para la revolución, mayor era el riesgo que la revolución corría, como la propia historia del partido ha demostrado.

Pero volviendo a las ocasiones a que aludía, fue la primera la huelga general de 1917.

Estaba por estas fechas el país en tal estado que la apariencia era de descomposición y catástrofe inmediata. Los estamentos más estables se alzaban en disconformidad contra el Gobierno, lo

que en el fondo significaba alzarse contra la Monarquía. El testimonio más claro de la situación de desintegración y protesta lo ofrecen las Juntas de Defensa y la Asamblea de Parlamentarios.

Las Juntas de Defensa militares crecieron en el seno del Ejército como un medio de defender al ejército peninsular, no al africano, de su precaria situación social y económica. El Ejército no era popular, estaba mal pagado y, en contra de la voluntad de muchos de sus miembros, se iba constituyendo ante la opinión pública en un cuerpo represivo al servicio de la clase dominante. Al margen de que esto sea o no sea siempre así en la sociedad capitalista, tal era la visión del pueblo en España en los años 17, cuando se iba a intentar la huelga general, en la que contribuyó de modo decisivo el partido de Pablo Iglesias. Además, los gobiernos monárquicos no ofrecían ninguna solución. Utilizaban al Ejército, le exigían sacrificios, ponían en peligro su dignidad sin las convenientes recompensas. Aún hacía la situación más difícil la existencia de un cuerpo de ocupación en Africa, que se diferenciaba en mentalidad y costumbres, dejando aparte los hábitos castrenses, del ejército peninsular. Las Juntas no tenían un programa político, pero se induce de su rápido crecimiento y fuerza, que además de la defensa de sus intereses de cuerpo, aspiraban, al menos sus miembros más calificados, a intervenir en la vida política del país caso de que la corrupción y el desorden llegasen a ser intolerables. Las Juntas se enfrentaron con el Gobierno, mejor dicho, el Gobierno se enfrentó con las

Juntas y en el enfrentamiento ganaron estas últimas. El Gobierno dimitió. La imagen que del poder político tenía el país era la de una fuerza que subsistía más por la inercia de las estructuras que por otra razón. El poder más fuerte e integrado, el Ejército, se había alzado contra el poder, que estaba, en última instancia, representado por la Monarquía.

Pablo Iglesias, que no había cedido nada en su ideología revolucionaria y táctica de espera y preparación, de acuerdo con los dirigentes y la opinión común del partido, comprendió que la ocasión era oportuna para una acción de masas. Si la oficialidad intermedia se imponía al poder, con más razón podría hacerlo el partido proletario que arrastraba la parte más

numerosa de los trabajadores. El antiguo y permanente criterio de Iglesias de considerar a los republicanos burgueses de diferente opinión que los monárquicos, pero burgueses enemigos de la clase obrera, cedió ante la premura y cariz de las circunstancias. El hecho de que Iglesias se integrase en un comité en el que estaba Lerroux habla por sí mismo.

LA SALUD TAN MALTRECHA DE PABLO IGLESIAS MOTIVABA SU DESCANSO EN ALGUN LUGAR DE REPOSO. ASI, CELORIO (ASTURIAS), A DONDE FUE ACOMPAÑADO POR FERNANDO DE LOS RIOS Y JULIAN BESTEIRO DURANTE EL AÑO 1921.



Desde luego, me parece conveniente advertir esto, las decisiones las tomaba el partido, pero la opinión definitiva solía ser la de Pablo Iglesias, que, quizá sin proponérselo, ejercía por consentimiento de todos una presencia decisoria y en algunos casos ejecutiva.

La decisión del partido de actuar masivamente para derrocar al régimen e implantar la democracia, paso previo en el pensamiento de Iglesias para llegar a la revolución, estaba apoyada además en la descomposición general, en la actitud de los mandos medios del Ejército y en la famosa "Asamblea de Parlamentarios", que consistía en resumen en un número relativamente reducido, pero muy calificado, de diputados que buscaban una solución democrática antes de que la situación fuese tan grave que se convirtiese en revolucionaria. Los promotores de este movimiento pertenecían a la burguesía financiera e industrial catalana, que quería canalizar antes de que se produjese la inundación y sobre todo normalizar la vida cívica en beneficio de sus intereses. Aspiración legítima que se llevó con dignidad y claridad. Pablo Iglesias estuvo presente en la asamblea parlamentaria representando al Partido Socialista y se puede inducir que con los propósitos de siempre. Cooperar con los burgueses democráticos progresivos entendiendo que sus proyectos contribuían a acercar el momento, quizá lejano en el orden histórico, de la ocupación del poder por el proletariado. Así se llegó a la "huelga revolucionaria" de agosto de 1917. La huelga, en que intervino también la CNT al lado de la

UGT, muestra, al menos en los documentos que conocemos, la cautela y táctica especial de Pablo Iglesias. Los principales documentos los redactaron otros, principalmente Besteiro, pero el criterio mediano, no amenazador y consciente de que no había que llamar a la Revolución, era de Iglesias, que lo había infiltrado en el partido. No pudo en el verano de 1917 ejercer una acción tan directa como hubiera querido por estar bastante enfermo, pero aclaró a los comités del Partido y del Sindicato que la huelga no debía tener una finalidad revolucionaria, sino ser una demostración de solidaridad con la parte obrera peor tratada, los ferroviarios. A la claridad de táctica de Iglesias no se le podía ocultar que el Gobierno deseaba la huelga revolucionaria para destrozar la capacidad de agresión de los trabajadores y romper la ocasional alianza con los burgueses, que se tornaban gubernamentales ante la revolución. Sospecho que en las instrucciones para la huelga intervino Pablo Iglesias; llevan un cuño de energía y moderación hasta que llegue el momento. La respuesta del Ejército a la huelga demostró que la táctica de Iglesias era la acertada. El sentimiento de obediencia y la mentalidad de cuerpo al servicio de la clase dominante prevalecieron y no hubo la menor solidaridad con los huelguistas. Al contrario, el Ejército cumplió el papel, impropio e indigno, de órgano para la represión del pueblo. La represión fue dura, pero en términos generales ventajosa para el Partido Socialista, que salió fortalecido de ella. Quizá la huelga fue más lejos de lo que el

propio Iglesias pretendía, tanto porque en el seno del partido comenzaban a aparecer los revolucionarios en la táctica y en los fines, como por la dificultad de dirigir un proceso que tiende siempre a realizarse según su propia dialéctica y con propia autonomía. ¿Hasta cuándo la táctica de Iglesias sería oportuna? No faltaban miembros del partido que se lo preguntaban. ¿No estaría llegando el momento de hostilizar abiertamente el régimen, constituyéndose en partido revolucionario con tácticas revolucionarias? La contradicción, implícita en la táctica de esperar aprovechando la descomposición política y social de la burguesía, permitía, por un lado, subsistir al partido y organizarse mejor; por otro, le empujaba hacia el pacto con la clase dominante y la social-democracia. Llegados a cierto nivel de desarrollo político y económico —sobre todo en el proletariado industrial—, ¿era aconsejable continuar con la misma táctica? ¿No equivaldría la respuesta afirmativa a ayudar implícitamente al capitalismo?

La discusión quedó abierta con motivo de la fundación de la Tercera Internacional. La Revolución rusa despertó un gran entusiasmo en Iglesias. Era natural, pues significaba el primer triunfo del proletariado respecto de la ocupación del poder político, convirtiendo al Estado de burgués en proletario.

Pero el punto de vista de la dirección política del Estado comunista ruso en cuanto al "reformismo" era tajante. Abandonar la táctica revolucionaria de enfrentamiento con el Estado burgués, aunque fuese en términos de aprovechar las concesiones

burguesas a través del parlamentarismo, era "reformismo" en el sentido de traición a los intereses de la clase obrera. Este criterio incluía a Pablo Iglesias y a la inmensa mayoría del partido entre los reformistas. La contradicción latente en la estrategia global del viejo dirigente había estallado: la táctica contradecía a los principios.

Este criterio tenía una gran fuerza teórica y práctica. Práctica sobre todo si se consideraba la corrupción del sistema parlamentario en Europa, que Iglesias había sido el primero en censurar: ¿participar en un Parlamento burgués no era un acto antirrevolucionario?

La Segunda Internacional, tal y como aparecía después de la conferencia de Berna de 1919 y los siguientes congresos e Internacionales socialistas hasta el intento de abril de 1922 de unirla con la Tercera Internacional y la llamada "segunda y media", tiene un carácter reformista de pacto con la burguesía que no satisface el auténtico espíritu marxista y revolucionario de Iglesias. La Segunda Internacional, pilotada por Bernstein y demás reformistas, era a todas luces un camino paralelo, cuando no convergente, con el capitalismo. Y así ha seguido siendo hasta la actualidad. El Partido Socialista, obediente aún al espíritu revolucionario de Pablo Iglesias, en un Congreso Extraordinario de 1920, decidió unirse a la Tercera Internacional, creada en Moscú para la lucha abierta contra el Estado burgués, la lucha clandestina y el mantenimiento de la moral y los ideales revolucionarios. Ahora bien, en el llamado Congreso de Petrogrado de 1920, la Tercera Internacional decidió establecer 21

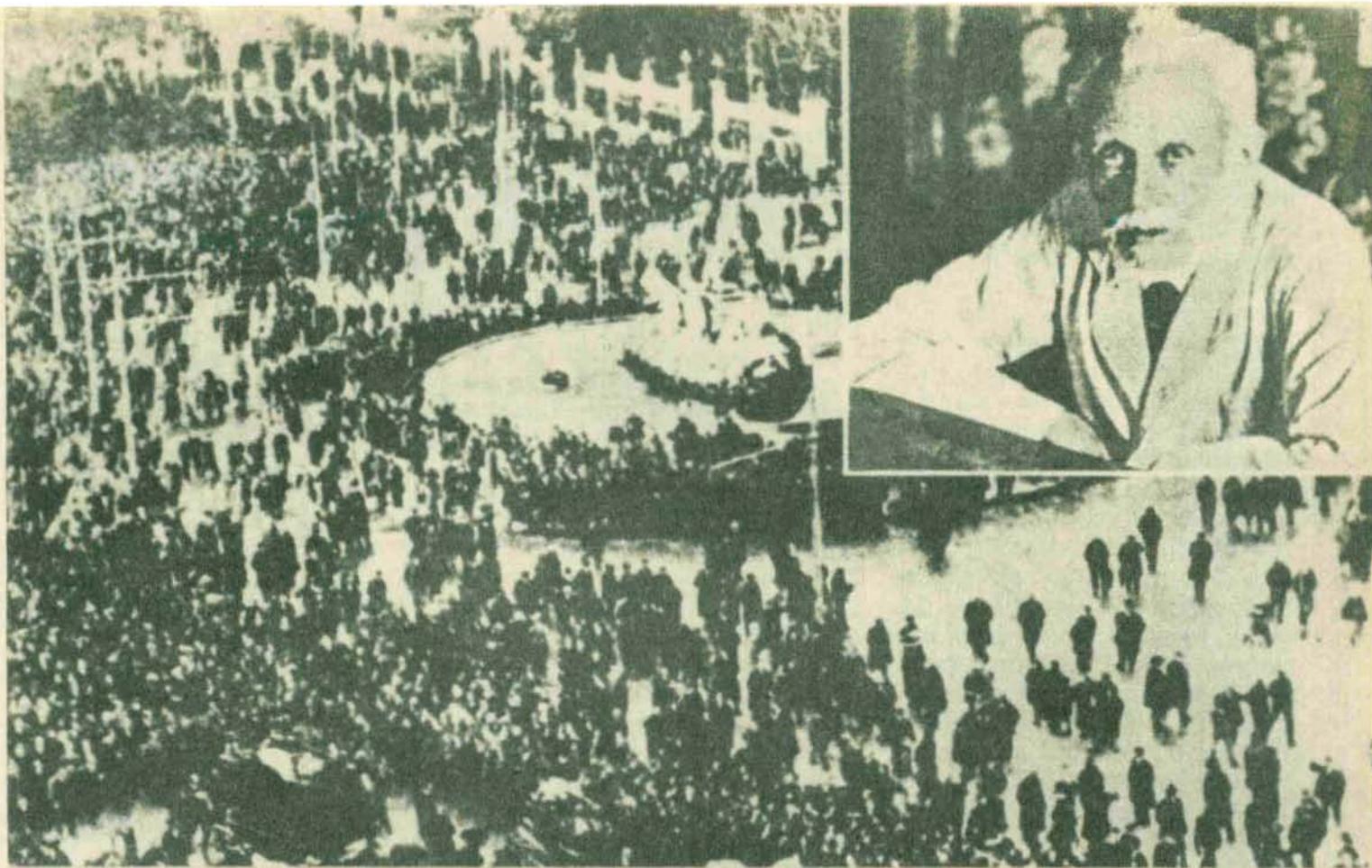
condiciones que debían aceptar los partidos socialistas que ingresaban en ella. Esas 21 condiciones han sido, y en algunos casos aún son, especie de catecismo sobre cuyos preceptos han trazado su táctica los partidos comunistas de todo el mundo. Establecieron la clandestinidad como método y la lucha de clases activa y dirigida como la tarea principal y especializada de los partidos comunistas. Imponía la obligación de denunciar la social-democracia, abandonar sus métodos y estructurarse de un modo casi militar.

Por primera vez en su larga vida de dirigente, Pablo Iglesias se encontró ante una situación que comprometía su instinto, su conducta y su raciocinio de marxista revolucionario. Para los revolucionarios rusos, el tiempo había llegado. Para Pablo Iglesias, aún no. Era necesario esperar más, seguir la antigua táctica contemporizadora. Iglesias estaba viejo, achacoso y no contaba con un partido revolucionario. Quizá por la táctica, tan hábil y justificada en los primeros tiempos, de participar democráticamente en la legalidad democrática, el partido era en el fondo un partido reformista muy próximo en la práctica a la social-democracia. El viejo y cauto dirigente obrero no tuvo fuerza para hacer lo que debía haber hecho: remover el partido de arriba abajo, recrear sus métodos y sus fines de acuerdo con la nueva situación y buscar otra vez un camino autónomo para la revolución socialista. No lo hizo y no contaba con quien lo hiciera. Una obra así no podía esperarse de la mentalidad, siempre pequeño burguesa, de Fernando de los Ríos o de Besteiro. Iglesias y el partido eligieron lo peor, la

"segunda y media", que queriéndolo arreglar todo no arreglaba nada. Construía y exponía la táctica de Pablo Iglesias: fines revolucionarios y cooperación con las instituciones burguesas hasta que el momento llegase, aceptando la multiplicidad de interpretaciones para los vocablos determinantes de la teoría marxista.

Se renunció a la Tercera Internacional —menos el grupo minoritario que constituyó el partido comunista— y se siguió el camino de la "dos y media", que acabó fundiéndose en la Segunda.

A partir de aquí parece que Pablo Iglesias coincide con la imagen social-demócrata que la burguesía gusta de atribuirle. Sin embargo, esto es, a mi juicio, injusto. En el Congreso del Partido Socialista de 1919 es palpable la vacilación y perplejidad del partido y sospecho que del propio Pablo Iglesias. Desde luego, había un sector claramente revolucionario que no disenta de él, a quien conocían y respetaban como marxista, que propugnaba la revolución. El propio Iglesias sentía, como he dicho, gran admiración por los revolucionarios rusos. Pero según su criterio, en España no había llegado el momento. No hay que creer que Iglesias estuviera escaso de lecturas teóricas o que no comprendiese los argumentos del **Nuevo Manifiesto Comunista**, que defendía la Tercera Internacional. Era lector infatigable e inteligente. El problema se plantea, a mi juicio, como un caso de rigidez en la táctica global y falta de imaginación creadora. De aquí que el propio Pablo Iglesias propugnase la tesis, que al fin y al cabo fue la que triunfó, de dar la razón a la Tercera Internacional y adherirse a la Segunda.



EL 9 DE DICIEMBRE DE 1925, FALLECIA EN MADRID PABLO IGLESIAS. EN EL ANGULO SUPERIOR DERECHO DE LA FOTO SITUADA EN PRIMER TERMINO, PUEDE COMPROBARSE SU DESGASTE FISICO, SU AGOTAMIENTO Y ENFERMEDAD, QUE LE LLEVARIAN HASTA LA MUERTE. EL ENTIERRO CONSTITUYO UNA IMPRESIONANTE MANIFESTACION DE DOLOR Y, SEGUN LOS CRONISTAS DE LA EPOCA, LA COMITIVA FUNEBRE LLEGABA DESDE EL CEMENTERIO CIVIL (VENTAS) HASTA PASADA LA PLAZA DE LAS CIBELES. LA PRESIDENCIA DEL DUELO —IMAGEN INFERIOR— SE HALLABA COMPUESTA, DE IZQUIERDA A DERECHA, POR LUCIO MARTINEZ, LARGO CABALLERO, MANUEL VIGIL, JUAN A. MELIA, JULIAN BESTEIRO Y ANDRES SABORIT. (FOTOS PERTENECIENTES A LA BIOGRAFIA DE JUAN JOSE MORATO «PABLO IGLESIAS, EDUCADOR DE MUCHEDUMBRES», EN LA EDICION DE «ARIEL»).

Con esta decisión, que formalmente fue del partido, se aceptaba una izquierda revolucionaria activa menos cautelosa y más disciplinada que el propio Partido Socialista, me refiero al comunista, que partía de los mismos principios teóricos. Por otra, se admitían los condicionamientos reales de la Segunda Internacional, nada propicios a la revolución. En el propio partido se atentaba un espíritu de colaboración con la burguesía peligroso para los propios fines de Pablo Iglesias. Por último, los líderes obreristas entrenados en la táctica de Pablo Iglesias —el mejor ejemplo es, a mi juicio, Largo Caballero— resultaron dubitativos y en algún caso oportunistas.

Siendo Pablo Iglesias marxista y revolucionario ejemplar, le faltó a última hora iniciativa y también apoyo y consejo para enfrentarse con respuestas nuevas a los nuevos estímulos. En política, más que en otra actividad humana, hay que entender que el sentido de la legalidad en la dialéctica de la historia consiste en que se rompa en los momentos culminantes tanto la legalidad de los partidos como la legalidad de los Estados. Le desbordaron a Iglesias los acontecimientos. Su capacidad revolucionaria no supo imponerse a las exigencias del momento.

Sería un mal que acompañaría al partido que fundó hasta su extinción de hecho en cuanto partido socialista revolucionario.

Seduca pensar cuál hubiera sido el criterio de Pablo Iglesias al advenimiento de la República. ¿Hubiera creído entonces que había llegado el momento?

En cualquier caso, visto en España en perspectiva histórica, Pablo Iglesias ofrece un extraordinario interés para el análisis. Revolucionario y marxista hasta el fin de sus días, dio una imagen confusa de atemperación y compromiso con el sistema capitalista como un hecho inevitable, por la adhesión rígida a la táctica de sobrevivir como partido en la legalidad, esperando que llegara el momento del hecho revolucionario. Pero esperar conviviendo, ¿no significa a la larga autodestruirse como instrumento revolucionario? Es un viejo problema aún actual y mil veces discutido. No obstante, como quiera que sea, que el problema en cuanto tal no nos aparte del viejo revolucionario, poseído por el instinto de clase, que aparece en el fondo de la Historia como mito de honradez y consecuencia en cuanto a su concepción y práctica de las ideas marxistas. Desde esta perspectiva, cada día será más mito. ■ E. T. G.

TUMBA DE PABLO IGLESIAS EN EL CEMENTERIO CIVIL DE MADRID, OBRA DEL ARQUITECTO AZORIN Y DEL ESCULTOR BARRAL. LOS RESTOS DEL LIDER SOCIALISTA REPOSAN EN ELLA DESDE ABRIL DE 1930, CINCO AÑOS DESPUES DE SU MUERTE.



BREVE CRONOLOGIA DE PABLO IGLESIAS

1850.—Nace en El Ferrol el día 18 de octubre, hijo de Pedro de la Iglesia Expósito y Juana Posse, modesta familia obrera. El padre trabaja como peón para el Ayuntamiento de la ciudad.

1860.—Tras la muerte del padre, la familia se traslada a Madrid. Pablo (Paulino entonces) y su hermano pequeño entran en el hospicio, donde el primero aprende el oficio de impresor.

1862.—Salida del hospicio. Comienza a trabajar en diversas imprentas.

1870.—Se adhiere a la sección española de la Internacional, perteneciendo a su comisión federal. Publica sus primeros artículos en "La Solidaridad"

1873.—Ingresa en la Asociación General del Arte de Imprimir, de la que —más tarde— sería elegido presidente.

1879.—Interviene en la fundación —clandestina— del Partido Socialista Obrero, que agrupa a los internacionalistas marxistas.

1882.—Es condenado a cinco meses de cárcel —que cumplirá dos años después— por participar en una huelga de impresores. Los patronos se niegan a darle trabajo una vez que ha salido de la prisión.

1882-1886. — Despliega una intensa actividad organizativa y de expansión del partido.

1885.—Informe a la "Comisión de Reformas Sociales"